

El último cuarto de hora

Un quatre-vingt-seizième

L'Anneau d'Or, n.º 75-76, mayo-agosto de 1957, pp. 214-215.

Número especial: *Señor, enséñanos a orar.*

Al leer su carta, estuve a punto de escribirle una larga epístola, indignada y vehemente, en respuesta a la breve frase que usted se atrevió a escribirme: «Ya no tengo tiempo para hacer oración». Quería acumular numerosos e irrefutables argumentos, defender los derechos de Dios, sus derechos a su alabanza, a su ofrenda, a su sumisión; recordarle las invitaciones a la oración presentes por todas partes en la Biblia; ponderarle los beneficios de la oración, que equilibra y unifica nuestra vida, agudiza la mirada del espíritu y fortalece la voluntad. Apenas concebido este proyecto, lo abandoné: ¡qué podría decirle que usted no sepa ya! Y, sin embargo, quiero convencerlo; siento deseos de decir: confundirlo.

Tome, pues, una cinta métrica. Extiéndala delante de usted, allí, sobre su escritorio. Corte los últimos cuatro centímetros. Le quedan 96. Admitamos que cada centímetro representa uno de los 96 cuartos de hora del día. Ahora, comenzando por la izquierda, cuente 32 o 36 centímetros, es decir, 32 o 36 cuartos de hora: esto representa su tiempo de sueño. Añada 36 o 40 cm: es su tiempo de trabajo; 4 o 5: sus desplazamientos; 6 u 8: las comidas... Luego mire, en el extremo derecho, el último pequeño cuarto de hora, el nonagésimo sexto; bien poca cosa en comparación con el conjunto. Y, sin embargo, ¡es ese el que usted le disputa al Señor! ¿De verdad le parece que eso es concederle demasiado a Dios?

Este pequeño cuarto de hora, para quien lo consagra a Dios, transfigura milagrosamente los otros 95: les comunica su vibración de oración.

Henri Caffarel